

## Reseñas

Ken Jennings. *Un mapa en la cabeza*. Barcelona-España, Editorial Planeta, 2012.

Chjalmar Ekman  
Profesor de la Escuela de  
Historia de la Universidad de  
Los Andes, Venezuela.  
E-mail: chjalmar@gmail.com



En los últimos años, el problema de la asistencia de los estudiantes a jornadas, congresos, y otros eventos de divulgación académica se ha convertido en una preocupación recurrente en las conversaciones informales entre colegas de la Facultad, así como en reuniones de departamento y grupos de investigación. La razón, evidentemente, es el carácter escaso de dicha participación, una situación cuyas repercusiones negativas para la difusión del trabajo universitario y el enriquecimiento de la academia, son y serán cada vez mayores.

En el momento de buscar las causas, casi siempre se mencionan problemas como los conflictos horarios, la no obligatoriedad de la participación en los eventos, e incluso siempre hay quienes resienten la poca disposición de sus colegas para invitar —o más expectablemente, *llevar*— a los estudiantes a los eventos; razonablemente, el enfoque causal adoptado suele dar pistas sobre las soluciones propuestas, aunque el problema más obvio, más allá de medidas disciplinarias o reproches sentimentales contra “la juventud de hoy”, suele ser soslayado: el hecho, al parecer, es que muchos eventos en sí mismos tienen un escaso poder de convocatoria.

Es lógico que para cualquier académico de larga carrera resulte casi imposible siquiera plantearse que su área de investigación pudiera ser aburrida o poco atrayente. Sería como admitir de buenas a primeras

la propia intrascendencia; lustros de trabajo duro y sacrificios tirados a la basura por una cadena rota de bostezos en un salón medio vacío. Pero también es cierto que plantearse de buenas a primeras, además de una estocada al ego, pudiera implicar una salida un tanto prematura: porque la verdad es que no, las áreas, los temas y problemas de investigación no son, no pueden ser *aburridos* en sí mismos, tratándose de descubrimientos y aportes novedosos a la ciencia y al saber sobre el mundo. Más que el producto de la investigación como tal, y su presentación en un evento, la falta de convocatoria pudiera responder a causas de orden comunicacional.

Sabemos que el uso del término “comunicacional”, en este punto, pudiera remitir inmediatamente a *video beams*, televisores de alta definición con sistemas de audio 5.1, teléfonos celulares y otros artificios tecnológicos que, dicho sea de paso, se han probado insuficientes para evitar que una experiencia académica se vaya por el lento drenaje del tedio. Sin embargo, a lo que queremos referirnos con comunicación es, fundamentalmente, a la necesidad de establecer una *relación*. Muchas veces los saberes más novedosos, más sorprendentes, más útiles o científicamente trascendentales se pierden en el camino a su interlocutor a causa de una falla comunicacional que impide a éste comprender, al fin y al cabo, qué representa ese saber para su vida real y concreta: el potencial de un saber para cambiar el mundo de quien lo experimenta.

El libro *Un mapa en la cabeza* de Ken Jennings constituye un aporte de gran interés en este sentido, desde la perspectiva de ciertas áreas particulares de conocimiento, como la geografía y la cartografía históricas. El núcleo de dicho aporte atraviesa la totalidad del texto como una flecha de Cupido: desde la historia personal de un afecto, una pasión nacida en la infancia, el libro presenta un entretenido recorrido por una multiplicidad de formas que asume, en pleno siglo XXI, la pasión por el espacio y por el documento predilecto para su representación: la cartografía.

Así, desde la historia de una afición personal por los mapas y los Atlas —afición que el autor aprendió tempranamente a considerar un tanto excéntrica, al verificar repetidas veces su

incapacidad para socializarla—, el libro muestra que, al fin y al cabo, la fuerza comunicativa del mapa radica en su constante y poderosa referencialidad con respecto a un mundo que es, en definitiva, fascinante y vital; espacio donde transcurre toda existencia humana, donde se articulan todas nuestras historias, y con el cual hemos aprendido a relacionarnos a tal punto que nuestra propia naturaleza resulta constantemente modificada.

A partir de esta idea, el autor descubre que, más allá de las barreras que la especialización académica y la complejidad técnica de la geografía contemporánea han impuesto a la circulación y popularidad de los mapas, los seres humanos hemos encontrado maneras bastante creativas de mantenernos vinculados al discurso cartográfico y a las ideas y sentimientos que el mapa comporta. Entonces, dado que es en gran medida un documento de intrínseco valor y contenido geohistórico, con una perspectiva general sobre cartografía histórica, Jennings nos remite a épocas en las cuales nuestro conocimiento sobre el mundo estaba apenas en construcción, y los mapas eran reflejo de nuestras ignorancias, prejuicios e incapacidades técnicas, pero también de nuestros sueños, aspiraciones, y potencial: el mapa surge, entonces, como historia gráfica de aventuras y descubrimientos pasados protagonizados por unos seres mitológicos mitad héroes, mitad *nerds* llamados cartógrafos; pero también es bitácora visual de espacios y territorios por descubrir, y constante invitación a la aventura, cuando toda carta era, a su manera, un *mapa del tesoro*. Seguidamente, el mapa, como índice geolocalizado de toponimias, nos permite conocer relatos y peculiaridades de ciertos lugares a partir de sus nombres; estudio que nos remite a cuestiones que van desde historias familiares y microhistorias, hasta la historia de las ideas espaciales, y el estudio histórico del paisaje cultural. En contraste con la aparente pequeñez de estas historias, el mapa, y los archivos cartográficos, se muestran como repositorios mundiales de datos político-territoriales, insumo para reclamaciones de límites en el marco de una historia geopolítica global cuyos conflictos y detalles están lejos de haber quedado resueltos, de modo que el papel y participación de estos archivos seguirá siendo de gran relevancia futura.

Pero nuestras relaciones con los mapas no acaban allí. En realidad, la aparente exactitud de la representación cartográfica no le

ha impedido superar las barreras de la estricta referencia a lo concreto, de modo que la historia de la literatura épica fantástica es, también, una historia de cartografías imaginadas; mapas que con su sola presencia son capaces de crear experiencias de inmersión en inmensos y detallados mundos de ficción. Además, los tiempos modernos y el desarrollo de múltiples avances tecnológicos nos han llevado de usar los mapas para vivir, a efectivamente *vivir en los mapas*: los coleccionistas de viajes individuales u organizados en sociedades, los fanáticos de las carreteras, los practicantes del *geocaching* —práctica popular que consiste en el ocultamiento de “tesoros” y la publicación en Internet de listas de coordenadas en clave para que otros buscadores-exploradores los descubran utilizando navegadores personales con Sistemas de Posicionamiento Global o *GPS*—, son todos ejemplos de las nuevas formas que los seres humanos hemos encontrado para expresarnos espacialmente. Los mapas han pasado de ser medios a ser fines; y la tecnología, constantemente acusada de aislarnos del mundo, ha constituido, en sus aplicaciones geográficas, una infinidad de herramientas capaces de ayudarnos a crear nuevas relaciones con el paisaje en una sociedad global.

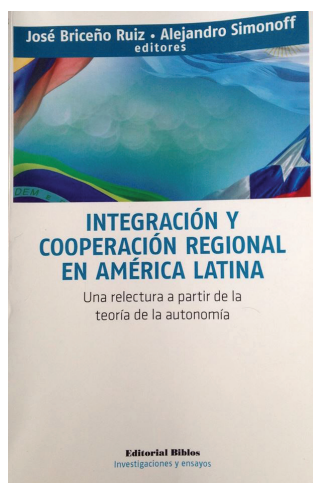
En última instancia, los mapas son documento y prueba de que siempre quedan cosas nuevas por descubrir en el planeta; un mundo inmenso, cuya observación en un mapa puede implicar, también, un ejercicio de carácter filosófico: expresión de la *inquietud de sí* estoica que espiritualmente proponía poner en perspectiva la pequeñez de nuestro ser ante la infinitud del mundo en el tiempo, por vía de una mirada desde lo alto; una mirada celeste, en fin, eminentemente cartográfica. El mapa construye al sujeto en función de la escala.

Así, el trabajo de Jennings pone en práctica una posible solución para el problema clave de la academia en estos albores de siglo: el de la necesaria comunicabilidad del saber; particularmente en el libro *Un mapa en la cabeza*, hablamos del saber geográfico. Siempre podremos culpar al momento histórico, y a las crisis políticas y sistémicas que inundan nuestras aulas universitarias de jóvenes desinteresados —como si pudiésemos estar tan seguros de haber sido mucho mejores alguna vez—. Siempre podremos apelar a esa

Universidad utópica, una comunidad en la cual todos y cada uno de sus miembros son amantes del saber por el saber mismo. Pero mientras permanezcamos enfrascados en culpas o utopías, las aulas de humanidades continuarán vacías de personas y llenas de bostezos. En cambio, cuando recordemos que lo que nos ha traído hasta aquí en un principio han sido los afectos, una pasión vital, y logremos comunicar la fuerza de esos sentimientos, el contagio será inevitable. Hay un delicado vínculo entre amar y necesitar para vivir; entender que lo que se puede saber se necesita para vivir puede ser el principio de ese romance que buscamos.

José Briceño Ruiz y Alejandro Simonoff (editores). ***Integración y Cooperación Regional en América Latina: Una relectura a partir de la teoría de la autonomía***. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2015. 274 págs.

Claudio Alberto Briceño Monzón  
Miembro del Grupo de Investigación  
sobre Historiografía de Venezuela y  
Profesor Asociado de la Escuela de  
Historia de la Universidad de Los  
Andes, Venezuela. E-mail: cabm@  
hotmail.com.



A partir del siglo XIX, en América Latina ha existido la idea de integración que inspiró la acción de pensadores como Simón Bolívar, José de San Martín, Juan Bautista Alberdi, Andrés Bello y José Martí; quienes trataron de unificar para fortalecer las nacientes repúblicas en una comunidad de naciones que, sin desmedro de los valores propios de cada país, permitiera presentar al mundo una Latinoamérica unida, solidaria, progresista y fuerte.

La integración en América Latina ha sido concebida como un mecanismo para superar las diferencias que separan a sus países y